

IV.

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA O: TRADICION
DE LA CONCEPCION
CONSIGNADA EN LOS CONCILIOS DE TOLEDO.

Corria el año de 656 y comenzaba el mes de Diciembre, cuando en Toledo se reunian veinte prelados españoles para celebrar un concilio nacional, que en nuestra coleccion figura como el décimo de los que se verificaron en aquella ciudad, corte de los reyes visigodos (*urbs-regia*) y á la sazón capital de España y de la Galia narbonense. Presidíalo el Santo Prelado Eugenio, Arzobispo de aquella ciudad, poeta insigne, de grandes virtudes y talento, que abrigaba una alma grande y generosa en un cuerpo débil y pequeño, cual rico aroma contenido en frágil y verdoso vidrio. Hacia once años que el monarca visigodo Recesvinto le había sacado, á despecho suyo y de San Braulio, del monasterio de las Santas Masas de Zaragoza, donde se había refugiado, ávido de soledad, estudio y penitencia. Tocaba ya al fin de su carrera, y no era aquel Concilio el único que había celebrado, pues el año anterior había tenido otro en la Basilica é Iglesia Mayor de Toledo dedicada á la Santísima Virgen (1). Ahora tenia á su lado á los metropolitanos de Sevilla y Braga, con otros doce obispos de varias iglesias de España.

Acercábase la festividad del nacimiento del Salvador, y los Prelados acordaron, como primera disposicion, que se festejase á la Virgen María el día 18 de Diciembre, ya que algunas veces no se podia hacer solemne fiesta el día de la Anunciacion, por caer en tiempo de Cuaresma, en que no se permitian regocijos, aun cuando al misterio de la Anunciacion á María acompañara el hecho solemnisimo de la Encarnacion del Verbo. Por ese motivo acordaron, que ocho días ántes de la Natividad del Señor se celebrase con aparato la fiesta de su Santa Madre, «porque así como á la Natividad del Hijo signen algunos días de festejo, así tambien signen algunos días de solemnidad á la de su Madre» (2).

No era pues tan solo fiesta de la Virgen lo que establecian, sino tambien que se guardara la octava. Pues «al fin, dicen, ¿qué fiesta mayor para la Madre que la Encarnacion del Verbo? ¿Por qué pues no se ha de solemnizar la festividad como se solemniza la del nacimiento del Verbo?»

Añaden los Padres del Concilio que esto en rigor no era una novedad, puesto que ya habia fiesta en algunas iglesias y en lejanas tierras, pero que deseaban quedase desde luego fijo este culto y hasta el período de su celebracion, señalando

(1) *In Basilica S. Mariae Virginis*..... dice el preámbulo del Concilio.

(2) Es notable la razon que dan: *Ut sicut Nativitatem Filii sequentium dierum insequitur dignitas, ita festivitatem Matris tot dierum sequatur solemnitas.*

para la fiesta que llaman ellos *la Solemnidad de la Madre del Señor (solemnitas Dominice Matris)* catorce días ántes del primero de Enero, ó sea el día 18 de Diciembre, y la Natividad del Salvador ocho días ántes de dichas calendas, pues habia variedad en esto en algunas iglesias de España (1).

No fué pues San Ildefonso quien estableció la fiesta de la Expectacion del parto de la Virgen, ni menos con ese nombre más moderno. Fué un Concilio nacional de Toledo y por tanto la Iglesia de España. Quizá contribuyó para esta creencia el ver que las lecciones del rezo de maitines en el segundo nocturno están tomadas al pié de la letra del preámbulo del libro escrito por aquel Santo acerca de la Virginitad de María (2). Puede presumirse que San Ildefonso, que á la sazón era Arcediano de Toledo, trabajaria para el establecimiento de aquella festividad, pues era la primera persona de la Iglesia de Toledo despues de San Eugenio, ya achacoso y valetudinario, y á quien sucedió pocos meses despues. Pero esta gloria la comparten con Toledo (que se lleva la mayor y mejor parte) las iglesias de Sevilla, cuyo obispo, llamado Fugitivo y San Fructuoso de Braga asistieron al Concilio, juntamente con los de Cazorla, Sigüenza, Oporto (*Granatula*), Elna, Compluto, (*Alcalá de Henares*), Salamanca, Barcelona, Lisboa, Játiva, Arcavica, Segorbe, Lugo, Guadix, Astorga, Ebroa, Valeria (*Cuenca*), Elche y Urcei.

Esta festividad se ha solido designar con el nombre de *Nuestra Señora de la O*, porque las antifonas de aquella octava, desde el día 17 al 23 inclusive, principian con la exclamacion: ¡O! (3) y el coro durante largo rato pronuncia esa letra, y entre tanto los acólitos y ministros tocan las campanas de la iglesia.

Tal es el origen de esta gran festividad poco apreciada y conocida, como no sea de los eruditos, y acerca de la cual se han dicho muchas vulgaridades. Como nuestro objeto en este libro no es el de amontonar noticias inconexas y heterogéneas acerca de imágenes de la Virgen, más ó ménos aparecidas en varios puntos, sino seguir paso á paso el desarrollo del culto mariano en España, por ese motivo hemos creído conveniente insistir en el remoto y celebrísimo origen de esta festividad, establecida inconcusamente desde el siglo VII en España, y con octava, que la traigan que no la traigan los misales antiguos (4).

Así se explica tambien que los Misales, Breviarios y Santorales visigodos y mozárabes no traigan la fiesta de la Anunciacion, ni con el título de la Encarnacion del Verbo, al 21 ni al 25 de Marzo, aunque suele alguno de ellos indicarla, pues como caia siempre en cuaresma no se celebraba entónces, ni se usaba trasladarla á día próximo (5). En cambio el Misal visigodo ó mozárabe pone al día 18 de Di-

(1) *In multis Hispaniae partibus*, dice el Concilio; luego la fiesta ya se celebraba de antemano en muchas iglesias de España, aunque en distintos días.

(2) Véase el capítulo siguiente.—La leccion comienza con las palabras de San Ildefonso, *Dominica mea, atque dominatrix mea*..... La fiesta de la *Expectacion* con ese nombre data del año 1582 como veremos más adelante.

(3) El día 17 al *Magnificat* la antifona dice *O Sapientia*, el 18 *O Adonai*, el 19 *O radix Jesse*, y así en los demas.

(4) Por ese motivo se ha considerado generalmente en España que las fiestas de Navidad, Misas de pastorela y villancicos principiaban el día 18 de Diciembre, y en las antiguas universidades de Salamanca y Alcalá se solia dar vacaciones desde ese día, siguiendo la tradicion.

(5) En el Santoral mozárabe de Córdoba encontrado por Dozy, solamente se dice al día 25 de Marzo:—*Festum*.

ciembre la festividad de la Anunciacion (*in festo Anunciacionis S. Mariae Virginis*), especie de anacronismo, que no se comprendería sin esa explicacion. El himno de Laudes que trae el Misal mozárabe es el que principia con las palabras *A solis ortus cardine*, y solamente en las segundas vísperas hay una antifona que principia con O (1).

Los devotos de la Concepcion immaculada de María echarán de ménos la fiesta de ese altísimo y sagrado misterio, que coincidiría con el de la Anunciacion en Diciembre. Respetemos las miras de la Providencia, que ha querido ir descubriendo estas y otras devociones de Jesús y María paulatinamente, y segun el trascurso de los tiempos, y las necesidades de la Iglesia, y á veces restaurando las ya olvidadas; semejante al padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas al par de otras antiguas. Si Dios hubiera querido que se celebrase esta festividad ya la hubiese inspirado á los Padres visigodos, si hubiera convenido. Estas cosas no *se ocurren*, es Dios quien *las inspira*. Esta es una gran verdad, pero tambien es cierto que solemos olvidar las grandes verdades de puro sabidas.

Digamos con todo á los devotos de la Concepcion Santísima una cosa para su edificacion y regocijo. La idea de la Concepcion *immaculada* no era una cosa desconocida en la Iglesia visigoda, siquiera no tuviese fiesta. El Concilio XI de Toledo, celebrado en tiempo del rey Wamba, el año 675, en la misma iglesia catedral de Santa María de Toledo, al hacer la exposicion del dogma de la Trinidad y de la Encarnacion, en su magnífico preámbulo llama ya á la Madre de Jesús

LA SANTA É INMACULADA VIRGEN MARÍA,

y esto con una sentillez, con una espontaneidad tal, que se echa de ver en la contextura de la frase cuán arraigada era la creencia, y cuán corriente esa idea en España (2).

Consuélese pues los devotos en saber que ya en el siglo VII en España nuestros Concilios afianzaban la pia tradicion, y si no habia la fiesta, existia la creencia, que es lo principal en el asunto.

Por lo que hace á esa piadosa tradicion que considera como *góticas* muchas de las efigies de la Virgen aparecidas desde el siglo VI en adelante, que se suponen escondidas por los cristianos al tiempo de la invasion musulmana, las cuales generalmente son de color atezado, notables por lo irregular de las facciones, con ojos saltones ó á veces marcando en las concavidades de sus órbitas haber tenido alguna piedra preciosa ó brillante que sirviera de pupila, estando ellas sentadas en sede curul ó tallada, y teniendo el niño Jesús, no al brazo, sino sentado sobre sus rodillas y en actitud de bendecir, vale mas que la dejemos en esa dudosa penumbra. Interin que la arqueología ayudada de la fotografia y venciendo infundadas repugnancias, no puede hacer mejores estudios, ayudada de afortunados descubrimien-

(1) *O Sacratissima Verbi ancilla*. Véase el lujoso Misal mozárabe impreso por el cardenal Lorenzana en 1755. Este solamente trae las tres fiestas de la Virgen, la Purificacion, la Asuncion y la Anunciacion: está en el día 18 de Diciembre.

(2) Conviene consignar las palabras tan honrosas é importantes, como poco conocidas, por el escaso estudio que se ha hecho de aquellos cánones.

De his tribus personis solum Filii personam, pro liberatione generis humani, hominem verum sine peccato DE SANCTA ET INMACULATA MARIA Virgine credimus assumpsisse. (Preámbulo del Concilio XI de Toledo, edicion régia de la Biblioteca de Madrid en 1808, pág. 473.)

tos, lo más seguro es no afirmar ni negar nada categóricamente en este controvertido asunto. Con todo, para ir reformando suave y lentamente las opiniones extrañadas, desechando los anacronismos absurdos que se han escrito sobre esta materia, y que la sana crítica y la arqueología cristiana rechazan, pero con suavidad, dulzura y prudencia, sin herir la piedad, sin pasion, sin sarcasmo, sin dar armas á la impiedad, conviene fijar las siguientes verdades:

Que tuvo culto la Virgen María en España desde la época de las persecuciones, pero que no se halla rastro ni vestigio de haberse puesto efigies suyas en los altares, ni habla ningun Santo Padre ni poeta de efigies de María (1) pintadas por San Lucas, traídas por los apóstoles, ni puestas sobre las aras.—Que por respetable que sea la antigüedad de las efigies de la Virgen que se dicen pintadas por San Lucas, ó bien talladas por Nicodemus y coloridas por San Lucas, entregadas por la Virgen á los Apóstoles y traídas por éstos á España, esas tradiciones no son ya sostenibles ante los adelantos de la ciencia, pues ni San Lucas fué pintor, segun queda dicho, ni San Pedro vino á España, ni estaba en el carácter de la santísima Virgen y en su profunda humildad querer que en vida suya se le diera culto, como ya notó oportunamente el sabio Papa Benedicto XIV.—Que Dios permitió quizá la persecucion rabiosa y salvaje de los iconoclastas para castigar la tibieza de los católicos en el siglo VII, como permite á veces en su sabiduría que pululen las herejías para acrisolar la fe y la devocion.—Que en este concepto, San Ildefonso y su Santa Iglesia de Toledo, tienen juntamente con la Iglesia de Zaragoza (á pesar del triste silencio de sus dos poetas), la gloria de ser las iniciadoras entusiastas del culto de María en España, distinguiendo estas tres cosas: *culto, devocion, entusiasmo*. El culto en Zaragoza con Santiago, la devocion en Sevilla con San Isidoro, el entusiasmo en Toledo con San Ildefonso.

(1) No puedo ménos de lamentar que ni Prudencio, ni San Eugenio llamado el III dedicasen una poesia, una oda siquiera á la Santísima Virgen. Registradas todas las poesias de Prudencio apenas hallo algun verso que otro dedicado á María. En la pugna de la pureza con la liviandad la primera dice á la segunda, que despues del triunfo de la Virgen María sus derechos son inconcusos.

Nec mea post MARIAM potis es perfringere jura

Entre las poesias de San Eugenio no hallo ni un verso dedicado á la Virgen. (Tomo I de la *Collectio SS. Patrum ecclesiae toletanae*.) Es deplorable que habiendo tenido versos ambos poetas para los Apóstoles, mártires y virgenes, no los tuvieron para la Santísima Virgen, ó si los escribieron, no hayan llegado hasta nosotros.

VINDICACIÓN DE LA VIRGINIDAD
DE MARIA POR EL GRAN PADRE TOLEDANO SAN ILDEFONSO:
APARICION Y FAVORES DE ELLA AL SANTO ARZOBISPO.

Hay en la época visigoda de nuestra historia eclesiástica un suceso tan notable, tan acreditado é importante para la historia del culto mariano, por su antigüedad y trascendencia, que forma uno de los más bellos capítulos de este después del primero de la venida de la Virgen á Zaragoza: tal es el asunto de la bajada de María á la catedral de Toledo en obsequio de su devoto prelado San Ildefonso. Nacido este suceso otro arzobispo de Toledo llamado Cixila (1), y por tanto sucesor suyo y escritor casi coetáneo, lo cual da gran carácter de verdad á este curioso é importante acontecimiento.

A mediados del siglo VII habian principiado á cundir por España varios errores contra la pureza, virginidad y culto de María, á pesar de los esfuerzos de los prelados visigodos. Vertian estos errores, no solamente los judíos mezclados con los cristianos y los residuos de los priscilianistas, secta que ocultamente seguía profesando el maniqueísmo, sino también algunos cristianos malos y tibios, á quienes perjudicaba el trato con los bizantinos, débiles siempre en la fe y en la obediencia á la Iglesia: también algunos franceses habian traído acá los errores de Elvidio.

Al gran prelado San Eugenio habia sucedido su arcediano San Ildefonso, de ilustre familia, á quien habia enviado á Sevilla para que estudiase y aprendiera saberes y virtudes al lado de San Isidoro, lumbrera entonces no solo de España, sino de toda la Iglesia, predestinado á dar gloria á este nombre en los altares y en los tronos (2).

Hizose desde luego muy notable por su tierna devoción á la Virgen María, á quien su piadosa madre Lucía le habia consagrado desde su infancia; y á su voto correspondió escribiendo con entusiasmo, y el primero, obras especiales dedicadas á sostener el culto, promover la devoción, defender la pureza, y contar y cantar en todos tonos, en misas, en sermones, en libros apologeticos, los elogios y loores de la Madre de Jesus.

Hay en el libro de la *Virginidad perpétua de María*, tal afluencia de ideas y de

(1) Véase el tomo VI de la *España sagrada*, apéndices VII y VIII. En el apéndice VII hay tres sermones del Santo, en elogio de la Virgen, que son muy curiosos: el primero sobre todo tiene cosas muy bellas. El apéndice VIII es la vida del Santo por Cixila.

(2) *Alfonso y Alonso* son contracciones ó modificaciones de este nombre. Castilla y Leon contaron once Alfonso: Aragon cinco. A los altares han subido con este nombre San Alfonso Ligorio, y el Beato *Alonso* Rodríguez.

briosamente corta la punta del velo ¡a tiempo! pues la losa sepulcral se acababa de cerrar en aquel instante, y las junturas quedan cual estaban;..... como si nada hubiera pasado.

El Arzobispo guarda en el relicario de la catedral la punta del velo con la daga del rey en testimonio del prodigio. ¡Lástima grande que las antiguas desgracias de nuestra patria nos hicieran perder objetos de tan gran valor, que si la devoción quisiera ver, la arqueología se complacería en estudiar!

Mayor fué aún el otro milagro con que le favoreció la Virgen misma en persona, renovando un prodigio parecido al favor que dispensara á su sobrino en Zaragoza. Aproximábase la fiesta de la Asunción de María (1), que ya la Iglesia visigoda celebraba con gran devoción y aparato. Tres dias de ayuno y rogativas, ó letanias, la precedían, como para la fiesta de la Ascension del Señor. San Ildefonso acababa de componer una misa especial que deseaba se cantase en esta solemnidad. Acercábase ya la media noche, hora de los maitines que debían cantarse en la catedral, con asistencia también del Rey y de su corte.

Era entonces santa costumbre ir el clero y el pueblo á buscar á su prelado, y aun á veces á casa del modesto presbítero que dirigía un pueblo. Desde la mansion sacerdotal hasta la iglesia se iban entonando himnos y salmos (2).—«Entraré al altar de Dios!» decía el sacerdote, y el pueblo respondía:—«Sí, al altar de ese Dios, que es el regocijo verdadero de la juventud, pues rejuvenece las almas.»

Con la comitiva llegaba el Santo Prelado Ildefonso al átrio de su catedral, cuando vivo é insólito resplandor que salía de ella amedrentó á todos. Aterrados y confusos los diáconos y demás clero, que acompañaban al prelado, dejaron caer las antorchas que alumbraban á la comitiva y principiaron á huir con espanto, temerosos de algun sobrenatural accidente. La conciencia limpia del Santo Arzobispo le hacia superior al miedo, y su amor á Dios le acercaba á lo sobrenatural lejos de rehuirlo. Con paso firme avanzó por su iglesia hasta llegar á la sede episcopal en el presbiterio. Mas fué grande su sorpresa al verla ocupada por la Reina de las Virgenes, y á estas escalonadas en el ábside (3) y presbiterio de la iglesia, formando el celestial cortejo de su Señora, y cumpliéndose aquella hermosa vision de David en su precioso salmo epitalámico (4): «Doncellas serán llevadas al Rey de la gloria para que vayan en pos de ella; y sus parientas serán llevadas asimismo. Y no las llevarán por violencia, sino con júbilo y regocijo, y de ese modo serán conducidas al templo santo del Rey.» Parece hecho aquel precioso salmo ex-profeso para este caso, cuando describe á la Hija del Rey sentada en trono de marfil, vestida de tisú

cuando en la escena 1.^a figura á Recesvinto luchando con el monstruo encantado en la oscura y mitológica cueva de Toledo. El monstruo pretende ahogar á Recesvinto, y el Rey no pretende menos, logrando acorrallar al monstruo, que le dice:

—¡Valiente eres!

Recesvinto responde:

—Un Rey siempre lo ha sido.

(1) El P. Flórez (tomo V, pág. 500) sostiene que fué el 18 de Diciembre y para la fiesta de la Expectación, pues Cixila dice que este milagro fué pocos dias después de la fiesta y aparición de Santa Leocadia (*non post multos dies*). Pero los códices citados en la edición del Cardenal Lorenzana *Collectio SS. Patrum Eccles. Toletana* (pág. 99), dicen *die Assumptionis*; y es lo más probable.

(2) A esto alude el introito de la misa.

(3) Así lo dice Cixila:—*Vidit omnem absidem ecclesie repletam virginum turmis.*

(4) *Eructavit cor meum..... Aducentur Regi Virginis post eam.....*

de oro y de rico manto, recamado de preciosas labores y prolizas bordaduras, despidiendo fragancia de exquisitos aromas. Cantaban las vírgenes un salmo de David; quizá fuera el que se acaba de citar: poco importa cual fuese, pues de seguro había de ser oportunísimo. Así acreditaban el placer con que acogía el cielo la sagrada música, compuesta por el prelado en obsequio de su reina la Virgen María.

Llamóle esta á los piés de su cátedra diciéndole: — «Acéreate, mi fiel servidor y recibe este don de mi mano, sacado de los tesoros celestiales, á fin de que lo uses solamente en mis fiestas, como premio del esmero que has tenido trabajando en mi obsequio y la defensa de mi pureza: de este modo quedarás adornado ya en vida con vestiduras de gloria, preludio de la que gozarás en su día en union con los demás fieles siervos de mi Hijo.» Entónces la Virgen le vistió la casulla que á prevención traía, y que, á juzgar por el dicho de algun escritor antiguo, aunque no coetáneo, era de paño blanco fabricada (1).

La noticia de este favor celestial quedó grabada en nuestras historias de un modo indeleble, y hasta en la mente del pueblo, que desde entónces honró á San Ildefonso con el título de *capellan de la Virgen*. El misal visigodo consigné asimismo en sus páginas esta tradicion gloriosa, y tampoco la desdeñó el Breviario romano, que la compendia en las lecciones de su rezo.

La santa iglesia de Toledo tomó por armas para su sello este suceso glorioso para ella y para su Santo Prelado, pues teniendo la advocacion de la Virgen, la efigie de ella figuraba en su sello, y tambien la del Santo Arzobispo y el diseño de la iglesia.

La tradicion añade, y tambien lo decía el casi coetáneo y sucesor Cixila (el cual cien años despues narra este suceso), que San Ildefonso no se atrevió ya á sentarse en aquella cátedra que habia ocupado la Virgen María, y que igual respeto guardaron todos los arzobispos visigodos, excepto uno entrometido en la política secular y las fúestas reyertas dinásticas, el cual, con la potulancia característica de los políticomaniacos, tuvo la osadía de volver á sentarse donde no se atreviera todo un San Ildefonso. El castigo sucedió á la temeridad, y fué arrojado, expulsado y depuesto de su sede el obispo conspirador Sisberto, que habia tenido aquel arrojó.

Más adelante, al llegar al siglo XII, veremos reproducirse este milagro en la catedral de Tortosa, y á mediados del siglo XVI en el convento de la Encarnacion de Ávila, en obsequio de la priora Santa Teresa de Jesus.

(1) El Cerratenense, citado por el P. Florez.

do palabras, que degenera casi la elocuencia en verbosidad. Rebosa á torrentes el amor de un corazón henchido de ese puro y sagrado fuego. Toma la pluma, y sin poderse contener, principia el capítulo primero diciendo, ó exclamando con un movimiento retórico de los más vivos, el cual más bien que exordio parece que debiera ser parte patética: «¡Oh, Señora mia, dominadora mia que en mí mandas, Madre de mi Señor, *Doncella de tu Hijo* (1), engendradora del que hizo el mundo, á tí ruego, á tí pido, á tí suplico que tenga el espíritu de tu Señor!..... ¡Tú eres la elegida de Dios, asunta por Dios, abogada para con Dios, próxima á Dios, adherente á Dios, unida con Dios, visitada por el ángel!.....»

En este tono sigue el capítulo, y por el capítulo se puede calcular el libro. En él refuta los errores de Elvidio, Joviniano y los judíos, que infestaban á España por entónces, amenguando el culto y devocion de la Virgen. Procuró ademas fomentar ésta escribiendo cinco misas para su culto, que puso en música de admirable melodía, pues los prelados españoles por entónces no se desdeñaban de cultivar la música y la poesia, sino que la hacian servir, en ratos bien aprovechados, para gloria de Dios y de su Iglesia santa.

Tres sermones nos han quedado de los varios que publicó en defensa y elogio de María, ademas de la otra obra extensa acerca de la *virginidad* perpétua de la misma Virgen. El estilo en los sermones viene á ser más conciso y nervioso que en el libro. Refuta al judío oponiendo á su negativa pruebas del Antiguo Testamento, al argumento del maniqueo demostraciones naturales, al cristiano razones de conciencia y de sentido.

Niega el judío que pueda parir una doncella pues la naturaleza no lo permite (2). —Pero, ¿acaso esto es cosa natural? ¿Pues qué, el Testamento viejo no presenta milagros y hechos sobrenaturales? Un palo seco no puede dar flores ni frutos, y con todo, la vara de Aaron puesta en el tabernáculo florece, y ¿no ha de poder Dios hacer milagrosamente con una doncella lo que pudo hacer con un palo seco?

Dice el maniqueo: si engendró no fué virgen, y si parió fué porque dejó de serlo. —Dime tú, responde San Ildefonso: el sol penetra en el espejo: ¿lo rompe á la entrada? ¿le quita algo á la salida?

Pero añade el cristiano poco piadoso y dado al mundo y á los deleites sensuales: ¿Cómo Cristo siendo tan puro como dicen, hubo de sujetarse á las impurezas del parto? —Si fueras tú limpio, dice San Ildefonso á ese *racionalista* de su tiempo, pensarías con limpieza! Pues qué, ¿se mancha el sol porque entren sus rayos en una cloaca? Tu alma es un espíritu y ¿acaso está solamente en la cabeza? ¿pierde algo por animar los parajes más innobles de tu cuerpo? (3).

Estas refutaciones nos dan idea de los errores que contra la virginidad de María y su culto cundian por España á mediados del siglo VIII, cuando San Ildefonso ocupaba la silla de Toledo (657-667) que ya por entónces era la Primada de nuestra Iglesia.

(1) Así creemos deber traducir aquellas frases, mucho más enérgicas en latin, que no esclava ó sierva. *O Domina mea, dominatrix mea, Mater Domini mei, Ancilla Filii tui, genitrix factoris mundi.*

(2) Pues ya habia dicho Isaías que esto sucedería.

(3) La frase de San Ildefonso es enérgica en este sermón, y aun más en el libro de *Virginitate*, donde hay dureza y calificaciones fuertes. Aquí dice: — *Inmundé haeretice; anima tua non inquinatur ab stercore tuo, et Jesus inquinari potuit ab opere suo?*

Ocupaba el trono Recesvinto, y, como buen católico, no adolecía de estos errores; pero pagado de su valor, orgulloso por sus triunfos, celoso por sus regalías y prerogativas, engreído además por su poderío temporal, no llevaba siempre á bien las exhortaciones de San Ildefonso, que á veces sonaban á reprensión en sus oídos acostumbrados á los elogios de la adulación mercenaria y cortesana.

Celebrábase la fiesta de Santa Leocadia, la insigne mártir toledana. El rey había bajado con su corte desde el régio alcázar á la basilica suburbana, donde se veneraban sus sagrados restos donde la tradición indeficiente ha venerado su sepulcro hasta nuestros días.

Oraba allí el santo arzobispo, cuando de pronto se alzó la enorme losa que cubría la tumba de la santa doncella, que apenas pudieran remover treinta jóvenes robustos. Vióse entonces levantarse el sonrosado velo (1) que cubría los restos mortales de la joven mártir, y de entre sus pliegues salió ésta, bella y esplendente, como rompe la aurora los vapores matutinos, coronada su sien de apacible fulgor.

Alzó sus manos al cielo la celestial doncella, y dirigiendo luego sus brazos al Santo Arzobispo, y como en ademán de abrazarle, con ledo semblante y cariñoso acento díjole estas palabras:

—¡Gracias á Dios, por vida de Ildefonso vive mi Señora! (3).

Dicho esto hizo ademán de volver á su sepulcro. En medio de su estupor Ildefonso coge la punta del velo y tira de él: forcejea la santa por conservar su velo, y va hundándose leutamente en la oscura tumba, sobre la cual va cayendo también poco á poco la enorme losa, levantada por celestiales obreros, que invisiblemente la vuelven á su sitio, con la facilidad con que el niño coloca las piezas de un palacio de carton.

Atónito el pueblo á vista del prodigio cae de rodillas, calla al pronto, se estremece luego y heuchido de santo entusiasmo grita, llama, canta, llora, cree y no cree lo que está viendo.

Los prelados, los magnates, presbíteros, diáconos, capitanes, gardingos allí presentes, prorumpen en confusa gritería y alabanzas, no á la virgen Leocadia, sino á la Virgen María, entonando los obispos presentes la antifona que á guisa de ritornelo ó estribillo había compuesto San Ildefonso en una de las misas á la Virgen:

¡Hermosa estás, hermosa! ¡alleluya!
Tu fragancia es de bálsamo puro.....

Los presbíteros y diáconos, que sabían el estribillo santo y su música, lo repiten con los obispos, y el pueblo y los magnates gritaban: ¡alleluya!! ¡alleluya!!

Pero la santa vision había desaparecido sin dejar rastro, la losa ocultaba ya todo el cuerpo y todavía el santo prelado, asido á la punta del velo, forcejeaba por retener parte, ya que no pudiera todo. El rey más animoso, puesto que era el más valiente (2), baja de su trono, tira de su daga y la alarga al Santo Arzobispo, que

(1) Las doncellas visigodas al casarse llevaban un velo rojo ó sonrosado, símbolo de la modestia y del pudor: el novio en el acto de la *velacion* arrancaba el velo á su esposa.

(2) *Deo gratias! ¡Vivit Domina mea per vitam Ildephonsi!* La lección 3.^a del Breviario dice:—*O Ildephouse, per te vivit Domina mea, que coeli culmina tenet.*

(3) Bella es la frase de nuestro Calderon en la Comedia ya citada de la *Virgen del Sagrario*

VI.

MARIA EN COVADONGA.

La corona visigoda se había hundido en el Guadalete con el último monarca visigodo, que había perecido en sus corrientes, arrastrando consigo la suerte de aquella malandante monarquía. La inmoralidad, el orgullo, el fausto necio, la polícticomanía, la codicia sórdida, la afeminación cortesana, el afán de medrar conspirando, la charlatanería holgazana y pesimista desacreditando todo gobierno para escalar el poder, cometiendo en él los mismos desafueros ántes criticados, habían enervado completamente á los españoles, y la epidemia de la corte había contagiado hasta la atmósfera de las aldeas. ¿Quién se acordaba ya de Dios ni de la Virgen? Ya no eran los tiempos de Wamba en que se buscaba la virtud para la corona, y la honradez temblaba ante la responsabilidad del mando. Eran los tiempos de los Ervigios destronadores de la legitimidad, de los Egicas, ávidos de perjuicios y venganzas, y de los Witizas sensuales, perseguidores de la Iglesia, mercaderes de simonías y compradores de prevaricaciones de clérigos aseglarados, de esos Opas y Sisbertos, por fortuna escasos, pero por desgracia más visibles por sus vicios que la generalidad de sus hermanos por sus modestas y despreciadas virtudes. La traición, la impericia y la cobardía, dieron fácil victoria á un puñado de bandoleros venidos de Africa, y era que Dios, desde un arco de vivos colores, no quería enviar nuevo diluvio de aguas, por la oferta hecha á Noé, pero enviaba el providencial castigo, en las hordas bárbaras que ahogaban en las olas de un río una civilización afeminada, como se ahogó el paganismo en el Tiber con Magencio, y la afeminación romana fué ahogada en los brazos de Atila y Odoácer.

Pero Dios quería castigar y no matar. Él amortigua y á poco vivifica: el arca de la salvación del linaje español había venido á posarse sobre el Ararat de Asturias. María, como la simbólica paloma, llevaba el ramito de oliva que ofrecía á los españoles independencia, libertades, religión, paz y abundancia; pero todo ello después de una lucha titánica de setecientos años, que habían de tornar sus pies en posarse sobre los picos de Muley-Hacen y Sierra Elvirá. La ventana de aquel arca estaba en Covadonga. Allí Pelayo con un puñado de pobres montañeses y alguno que otro noble fugitivo, se atrinchera contra todo un ejército musulman, fiando en el auxilio del cielo y en la fe de su corazón, más que en la desigual pujanza de su brazo. Sobre el cerro de Auseva estaba la cruz, y dentro de la oscura caverna la efigie sagrada de María. ¿Quién la había puesto allí?

La tradición no se conforma con creerla posterior á la victoria, y supone que

piadosos anacoretas le daban culto en la oscura caverna, aun en tiempo de los godos, mezclando sus cánticos con el estruendo del río que se desploma al salir de los oscuros antros de la gruta y se pierde por el valle murmurando al alejarse de su origen.

Si no hay certeza en esto, tampoco hay inverosimilitud ni anacronismo. Respetemos por tanto aquella oscuridad remota, puesto que en ese punto ni la historia ni la crítica saben más que la piedad. Ello es que la tradición cantábrica supone á Pelayo y á sus escasas huestes guiadas á la cueva misteriosa por los sencillos cazadores de aquellas montañas, á quienes eran conocidas las virtudes y devoción de los piadosos eremitas; y cuando, asediados todos por el ejército musulmán, se estrecha el cerco y nubes de flechas penetran ya dentro de la caverna para impedir que desde allí se hostilice á los ligeros alarbes que trepan ya para principiar el asalto, la flechas rebotan en las rocas y se vuelven con furia contra los mismos arqueros que las han disparado: brilla la cruz sobre el monte, el pánico se apodera de los fugitivos, una montaña lo aplasta y cierra el paso á ellos y á las corrientes del Deva, que arrastra en sus raudales los cadáveres de los mulmanes, como en otro tiempo los de los egipcios perseguidores de Israel. A vista de ellos los asturianos entonan al Señor sus cantos populares religiosos equivalentes al *Cantemus Domino* de Moisés, y pueden decir como él:—«Cayeron cual plomo en rápidas corrientes! se abren, se cierran luego, y el plomo baja y baja hundiéndose en lo profundo, sin que nada se advierta en la superficie, sin rastro de la cicatriz que abrió en ella, y que tardó en cerrarse lo que tardó en abrirse.»

Obtenida la victoria, Pelayo es alzado sobre el pavés en la pradera contigua de *Re-Pelayo*; vuelve á la caverna, donde da gracias á María con los acogidos en ella, apenas repuestos de su terrible susto; el altar de María es consagrado como primer altar de la restauración, altar pobre y modesto, pero muy honrado y glorioso; y cuando muere Pelayo se traen allá sus restos, como á panteón régio y real capilla, y allá vienen asimismo en su día los restos mortales del rey Casto, que descansan en toscas tumbas, tanto más apreciables para el devoto y el arqueólogo, cuanto más toscas y sencillas. ¡No las toqueis, por Dios! que la civilización moderna y la pedantería artística, son como el aceite, que mancha lo que suaviza.

Ved si no allá en el centro del Pirineo otra cueva en donde otra tradición, ya ménos creída, supone también á otros bravos montañeses fundando otra restauración en otra cueva bajo los consejos de un piadoso anacoreta y al amparo de San Juan Bautista.

Allí vinieron también á enterrarse algunos reyes y princesas de aquellas montañas: se hacía una excavación en la pared de la caverna abierta en la Peña de donde venía su denominación á la monástica iglesia. Allí se metía el cadáver en un tosco ataúd de piedra: en su día otro ataúd con el cadáver del hijo venía á servir de cubierta al de su padre. La pedantería de la restauración clásica y semi-pagana del siglo pasado, cubrió aquellas paredes de ricos jaspes extranjeros y relieves en mármol de Carrara, que, semejantes á la nieve, hielan en las iglesias la devoción del que mira esas figuras ateridas sin vida ni sombra.

VII.

LA VIRGEN DE RONCESVALLES: LA DE ROCAMADOR
Y OTRAS EN NAVARRA.

Entre las grutas sagradas y tradicionales de Covadonga y San Juan de la Peña, entre las dos grandes nacionalidades que bajan de las montañas cántabras y pirenaicas, se alza Navarra, pujante y valerosa, con sus gloriosas tradiciones vascas. El desfiladero de Roncesvalles recuerda un hecho glorioso y de independencia patria. Aquellos bravos é indómitos montañeses de la antigua Vasconia y de la moderna Navarra, habian logrado recobrar su libertad, á costa de fatigas, privaciones y de no poca sangre suya y musulmana. Los árabes, holgazanes y ladrones, los judíos, explotadores de amigos y enemigos, y los moros, grandes agricultores en tierras de primera calidad y de frutos espontáneos, no codiciaban la posesión de aquellas montañas, que costaban tan caras y producían tan poco.

Algunos caudillos (*etcheco-jauñas*), Minas y Zumalacárreguis de aquellos tiempos, llenos de valor y de fe acaudillaban las huestes de la independencia. En mal hora tuvo Carlo-Magno la idea de hacer tributarios y vasallos suyos á los que nada le debían, pues, si él les guardaba las espaldas, ellos ponían sus pechos como avanzadas y antemurales de su imperio. Había hecho favores en Cataluña, no pocos ni pequeños, y Gerona agradecida le tenía por santo; debíale ménos Zaragoza, en donde había protegido á un musulmán contra otro; y le guardaba rencor Pamplona, cuyos muros había arrasado para dominar mejor; pero pagó su deuda en Roncesvalles, donde los montañeses aplastaron su retaguardia según confiesan sus biógrafos, ó su ejército según dice la tradición vasca. Los huesos que á veces desentierran el arado del labrador ó las aguas de los torrentes, indican que el desastre fué grande y la matanza considerable.

La tradición supone además que cerca de aquel paraje y no lejos de aquel tiempo, hubieron de notarse por allí algunos prodigios, y principalmente vivos fulgores que en los sábados por la noche iluminaban una de las colinas inmediatas, al pié de la cual brotaba un manantial de agua cristalina. A ella venía un hermoso y corpulento ciervo, cuyas astas servían de candeleros á no pocas y rutilantes luces; y al mismo tiempo se escuchaban en las auras las gratas melodías de suaves y armoniosos cánticos, especialmente en los sábados poco despues de anochecer, sin que se viera quién los entonase (1). Siguiendo un día la gente del país al misterioso ciervo, llegaron al paraje donde está el santuario, no lejos de la fuente, y allí desa-

(1) En las leyendas que sobre ello se han escrito, se dice que los pastores cantaban la *Salve*. Siendo el origen de esa tierna plegaria muy posterior á los tiempos de Carlo-Magno, mal podrían rezarla los pastores.

pareció: de allí procedían los suaves resplandores. Allí cavaron y hallaron por fin una efigie de la Virgen, á la que los pobres montañeses y los humildes pastores construyeron desde luego una modesta capilla, que más adelante aumentaron la munificencia de los reyes de Navarra y la devoción de los pueblos.

Respeto se merece la tradición acerca de los pastores, luces milagrosas y sobrenaturales cánticos, siquiera sean el obligado acompañamiento de otras ciento ó más apariciones de la Virgen en la parte septentrional de España que no se deben negar ni creer de ligero; puesto que las noticias más antiguas no aparecen hasta algunos siglos despues y generalmente las primeras hablan de la Virgen y no de su aparición milagrosa. Parece más creíble que el origen de este santuario se remonte al siglo IX y á los tiempos de Carlo-Magno. Costumbre era en aquella época de fervor religioso, santificar con la erección de algun santuario aquellos parajes donde habia acontecido algun suceso memorable, fausto ó infausto, en el primer caso para dar gracias á Dios por el triunfo y la buena suerte debida á su Providencia, en el segundo, como sitio de expiación, penitencia, dolor y de sufragios por los difuntos. Roncesvalles reunía uno y otro carácter: los que allí habian sucumbido eran cristianos, eran hermanos. La religion, la piedad, la costumbre exigían que se erigiese allí un monumento, que recordase el suceso y lo transmitiera á la posteridad, y que allí se alzasen plegarias á Dios por el eterno descanso de los que habian sucumbido en aquellas inmediaciones, y cuyos huesos descarnados blanqueaban á veces las concavidades de los cerros inmediatos. Ello es que la primitiva capilla se titulaba comunmente de *Carlo-Magno* (1).

Como el paraje donde estaba caía junto al camino por donde venían los viajeros que de la Aquitania pasaban á Navarra, fundóse allí una alberguería á cargo de modestos clérigos, que vivían con toda la estrechez y austeridad de la regla agustiniana, la cual no consentía á los que la seguían tener nada propio. La falta de bienes obligaba á seguir esta regla aun á los cabildos, atendida su gran pobreza por entónces. Lo mismo hacían los de San Loyo (*Eloy*) en Leon y en otros puntos de Castilla y Galicia, por donde pasaba el camino de Santiago, cuando más adelante se descubrieron las reliquias del Santo Apóstol y se hizo frecuente el tránsito de peregrinos. Los canónigos de Roncesvalles usaban en el pecho una f ó báculo en forma de cruz, hecha de terciopelo verde, algo parecida á la que llevaban los caballeros de Santiago, que en union de los canónigos de San Eloy, se dedicaron también á servir y defender á los peregrinos que iban á Compostela. Los canónigos de Roncesvalles gozaban de gran reputación en Navarra, y la Virgen de su advocación es todavía muy venerada en aquellas comarcas.

La efigie de la Virgen es como de una vara de alta; está sentada sobre una arquite y en ella una almohada, y todo ello cubierto de plata y pedrería; el ceñidor de la Virgen es de oro con piedras de mucho valor. El arca es hueca y tiene una portezuela en que se ve á San Miguel metiendo su lanza por la boca del dragon; y

(1) El Diccionario de Antigüedades de Navarra por Yanguas, nada dice acerca de las Virgenes de Roncesvalles y Rocamador. Era su autor poco afecto á cosas de Iglesia. Mas una noticia que da acerca de Roncesvalles, parece indicar segun cierto memorial presentado por los *freires* (*fratres*) de Roncesvalles contra las demasías de los canónigos en el siglo XV, que Don Sancho V (1057) edificó en la cumbre de aquel monte, *junto á la capilla de Carlo-Magno*, un hospital..... Luego la capilla primitiva era muy antigua, se titulaba de *Carlo-Magno* y era una reminiscencia de la célebre batalla:

á los lados las efigies de San Pedro y San Pablo. El color de los rostros de Jesus y Maria es moreno claro, el rostro alegre y agradable (1).

Segun que fué avanzado la reconquista de Navarra, marcó tambien sus pasos con la fundación de algunos santuarios dedicados á la Virgen Maria, célebres por sus recuerdos históricos y por la devoción que se les profesó aun en los tiempos oscuros y remotos de la Edad media. Son los más notables entre ellos los de Santa Maria de Irache, de Nuestra Señora de Rocamador, cerca de Estella, el de Usua en Uxue, y el de Sancho Abarca, no lejos de Tudela en los confines de Aragon y Navarra por aquella parte.

El culto de Nuestra Señora de Rocamador (*Roc-Amadour*) fué importado de Francia. Los franceses, cuyas tradiciones en razon de estas antigüedades corren parejas con las nuestras, quieren remontar el origen del culto de Maria Santísima de Rocamador al siglo III de la Iglesia (2). Suponen que un piadoso ermitaño se retiró ya por entónces á las lomas intrincadas del Quercy, cerca de Cahors, en un paraje agreste y casi inaccesible, donde hizo vida anacorética por mucho tiempo en una caverna lóbrega, situada sobre los escarpados bordes de un pavoroso barranco. Por esto á falta de otro nombre con que designarle llamábanle el *aficionado á la roca* (*rupis amator*). En su gruta tenia el devoto anacoreta una efigie de la Virgen: conforme crecía la reputación del anacoreta, se aumentaba el culto de ella hasta construirle allí una iglesia. Al lado de la iglesia surgió la hospedería y atraídos muchos por los prodigios que allí se verificaban, quisieron vivir al lado de la Virgen: y la hospedería se convirtió en pueblo y el pueblo en ciudad y plaza fuerte, pues hubo de aprovecharse la aspereza de la montaña para edificar un castillo, que protegiese al santuario y á los que acudían á guarecerse junto á él.

Poco tiempo ántes de morir en Roncesvalles el valeroso Roldan, sobrino de Carlo Magno, fué á Rocamador como peregrino; y se cita la fecha de 778 para esta peregrinación.

De Francia pasó el culto de Nuestra Señora de Rocamador á Navarra por el frecuente trato de los navarros con sus afines de Aquitania, y al tiempo de la construcción de *Izarra* ó Estella, se le edificó allí cerca un santuario al que concurren los pueblos inmediatos con gran devoción como al de Francia. Sancho VII de Navarra aseguraba en 1202 una fundación de renta por valor de cuarenta y ocho piezas de oro para el alumbrado de aquella iglesia.

Los navarros que dejó en Salamanca D. Alfonso el Batallador, erigieron allí, hácia el año de 1120, una iglesia y cofradía á Nuestra Señora de Rocamador, y el hospital fundado por ellos existía aún á fines del siglo XVI (3).

(1) Pueden verse más datos en el P. Villafañe, aunque hay poco que fiar en sus descripciones. Escribía lo que le decían, y da por bellísimas algunas efigies, que yo he visto de cerca ó en fotografía, y que no lo son. Por la descripción que hace de esta efigie será difícil que los artistas y arqueólogos le den la antigüedad que se supone.

Acercas de su aparición y culto dejó muy curiosas noticias el célebre canonista Martin de Azpilcueta, llamado comunmente el *Doctor Navarro*, canónigo que fué de Roncesvalles y que ilustró mucho aquella santa casa con su gran saber, mayor caridad y no pocas virtudes. Puede verse en el tomo I de sus *Conclusiones*.

(2) Los franceses desde el siglo IX en adelante hicieron por llevar á su país todos los personajes evangélicos. A San Lázaro lo hicieron obispo de Marsella, y á la Magdalena la trajeron por allá cerca. A San Rufo le regalaron otro obispado, á San Dionisio Areopagita el de Paris, y al publicano Zaqueo le hicieron ermitaño en Rocamador.

(3) Existía aún aquel hospital aunque muy decaído cuando se hizo la reducción de hospita-

La devoción á nuestra Señora de Rocamador, que había pasado de Francia á Navarra y de allí á Castilla, se sostenía aún en el siglo XII por Leon y ambas Castillas, y en 1181 D. Alfonso IX donaba á la primitiva iglesia de Roc-Amadour varias tierras en Fornellas y Orbanella (*Orbaneja*).

A un extremo de la bárdena en los límites de Aragon y Navarra y sobre un alto cerro que domina gran parte de la cuenca del Ebro y los frondosos campos de Tudela, se alza el santuario de Nuestra Señora de Sancho Abarca, castillo donde los navarros solían tener guarnición vigilante, y en el cual unos frailes ó hermanos legos, por el estilo de los primitivos de Roncesvalles, cuidaban el culto de la Virgen, formando una comunidad poco conocida, que se titulaba de *los hermanos de Sancho Abarca*. La tradición supone que esta efigie es la de Nuestra Señora de Sarranza, en Bearne y no lejos de la raya de España, la cual el año de 1569, profanada por los hugonotes, que habían asesinado á los católicos de aquel pueblo, huyó de aquellos parajes viniendo al citado cerro (1).

Pero como la conquista de aquellos territorios no quedó asegurada hasta entrado el siglo XI, el culto de María en aquel sitio no corresponde á los antiguos tiempos, á que nos vamos refiriendo, sino á otros más posteriores, por lo que no se hace aquí más que indicar esa breve noticia. Más antigua y quizá coetánea de la efigie de Roncesvalles se cree que sea la de Uxue, descubierta por una paloma (en vascongado *Uxua*) que entraba todos los días en el hueco de un peñasco á donde la siguió un pastor, el cual encontró allí aquella efigie de la Virgen.

VIII.

AVANCES DE LA RECONQUISTA ASTURIANA: DEVOCION DE SUS REYES Y OBISPOS A LA VIRGEN MARIA: LA VIRGEN DEL REY CASTO EN OVIEDO: SANTA MARIA DE LUGO: NUESTRA SEÑORA DE LA REGLA EN LEON Y SANTA MARIA LA BLANCA.

Entre las iglesias más notables de la restauración cantábrica y asturiana considerada como objeto de estudio y digna de ser mirada como uno de nuestros más antiguos y venerandos monumentos arqueológicos, se cuentan y enseñan la de Santa María del Naranco, que se supone haber sido primero palacio de los reyes de Asturias en el siglo VII, y luego la Catedral de Oviedo restaurada por D. Alfonso

les por Felipe II, y con Bulas de San Pío V, según hallamos al registrar el Archivo del Hospital general de la Santísima Trinidad.

(1) Escribió sobre esto el P. Faci, refiriéndose al libro que escribió sobre este asunto el P. Fray Basilio Izurri de Roncal, impreso en Pamplona por Alonso Burquette, año de 1729.

el Casto, monarca muy devoto de la Virgen. La capilla que construyó á esta tenía tres naves y puso en ella siete capellanes para culto de María. De su palacio mismo la trasladó á la catedral, llamándose desde entonces *la Virgen del rey Casto*, al paso que el pueblo solía apellidarla *venerable Madre de los Asturianos*. Su tamaño es el natural; el color moreno pero no atezado; las manos, por cierto muy bien ejecutadas, sostienen al niño, y el conjunto es grave y agradable á la vez, muy ajeno de la deformidad de las rudas efigies del siglo VIII; hasta el punto de hacer creer que haya pasado por alguna reforma en época más afortunada y por diestra mano.

Los cristianos de Asturias, después de expulsar á los musulmanes del territorio á que servían de antemural sus ásperas montañas, pasaron de ellas á las de Galicia, y bajaron á recobrar los campos de Leon; avanzando la reconquista y con esta el catolicismo, y la devoción á la Virgen María, profundamente arraigada en ellos. El sacerdote exhortaba al guerrero y le acompañaba, participando á la vez de sus peligros y auxiliándole con los espirituales socorros.

A veces derrotado el guerrero quedaba también cautivo el obispo, y tenía que entrar en Córdoba encadenado como un prisionero cualquiera. Así entraron Hermoigio de Tuy y Dulcideo de Salamanca, después de la aciaga batalla de Valjunquera. ¿Por qué la historia escrita con impiedad ha de echar en cara á la Iglesia que atendiera entonces á las cosas seculares, que no eran de su incumbencia, cuando los contemporáneos no lo hubieron por agravio, sino que lo agradecieron por favor? ¿Es acaso ladrón el que recoge la joya perdida, ó saca del fango la perla abandonada?

Al avanzar por Galicia la reconquista, un obispo celoso llamado Odoario se resuelve á repoblar en las ruinas abandonadas de la antigua *Lucus*, ó sea Lugo. En su compañía iban un tal Gimeno, Riccilon y otros varios que volvían de Africa, donde quizá habían estado cautivos (1). Las paredes de la Catedral estaban todavía en pie y el piadoso obispo y sus obreros lograron restaurar el edificio gótico, y luego la ciudad y sus muros, bajo la dirección y señorío temporal del obispo.

La iglesia restaurada tomó la advocación de Santa María; probablemente la tendría en los antiguos tiempos (2) y quedarían en pie algunos restos de ella como se conserva todavía la antiquísima y casi ilegible inscripción en una lápida (3), en la cual se invoca á la Virgen sin mancilla, llamándola *Luz y escudo de la Iberia, sol y excelsa María*.

La tradición local considera como primitiva efigie de la Virgen en aquella Catedral la de Nuestra Señora de los ojos grandes (*Nosa Senhora dos olhos grandes*), llamada también Santa María de Lugo, la Mayor y la Grande, y aun algunas veces de la Victoria, por la que ganó D. Alfonso el Casto, en el Castro de Santa Cristina, por intercesión de la misma Virgen, según dice un antiguo privilegio otorgado por él á dicha iglesia, capital por entonces de Galicia (4).

(1) Véase el tomo XL de la *España Sagrada*, pág. 201 y 203.

(2) En un documento del tiempo de los suevos, al celebrar en Lugo un concilio, se halla la invocación de María diciendo el rey que desea servir á Dios y á su Santa Madre: véase á la pág. 344 de dicho tomo.

(3) *IO lux, jubar inverte, sol et celsa Mariat* véase á la pág. 105 del citado tomo XL. La inscripción es de mediados del siglo VIII, pues Odoario restauró y rigió á Lugo de 740 á 768. Pero es posible que la inscripción fuese del tiempo de los godos.

(4) *Ibidem*, pág. 369.